

La paradoja bélica de las cucarachas

Toni Díaz Beltrán



**XIX Premis Universitat de València
d'Esriptura de Creació, 2022**
Narrativa en castellano

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley. Dirigiros a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitáis fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o publicada de ninguna manera ni para ningún medio sin la autorización expresa de los propietarios del copyright.

En la XIX edición de los Premis Universitat de València d'Esriptura de Creació, año 2022, en la modalidad de narrativa en castellano, un jurado formado por Mar Benegas Ortiz, José Martínez Rubio, Lola Samper Ramos y Cristina García Pascual como secretaria, declaró ganadora la obra *La paradoja bélica de las cucarachas*, de Toni Díaz Beltrán. Estos premios están organizados por la Delegació d'Estudiants a través del Servei d'Informació i Dinamització (Sedi), con la colaboración de la Facultat de Filologia, Traducció i Comunicació y las Aulas de Narratives, Poesia, Arts Escèniques y Cinema del Vicerectorat de Cultura i Societat.

VNIVERSITAT
D VALÈNCIA

Servei d'Informació i Dinamització **Sedi**

1ª edición: diciembre de 2022

© **del texto:** Toni Díaz Beltrán

© **de esta edición:** Universitat de València

Motivo de la cubierta: Josep Olaso Garcia - Edicions 96

Diseño y maquetación: Josep Olaso Garcia - Edicions 96

Revisión lingüística: Neus Pedrós - Edicions 96

Apartado de correos 23, 46670 la Pobla Llarga
Teléfono de atención: 96 246 11 04

ISBN: 978-84-19149-34-3

DL: V-3750-2022

La paradoja bélica de las cucarachas

Toni Díaz Beltrán

El reloj marcaba las 11:27.

Cuando Javier Martínez Ortuño abrió los ojos, la cucaracha lo observaba desde el techo de la habitación. Quizá, en otro momento, su primer impulso habría sido incorporarse, quitarse la camiseta agujereada del pijama y utilizarla como látigo para acabar con ella. Sin embargo, se limitó a mirarla fijamente mientras esta movía sus antenas con parsimonia, de manera casi hipnótica. Parecía tranquila, feliz de estar allí haciéndole compañía. Y, realmente, no hacía mal a nadie.

—Puedes quedarte, pero solo hoy —dijo él en voz alta.

Sin esperar una respuesta, se levantó de la cama demasiado rápido y, por unos segundos, sintió que veía el sonido. Del armario, cogió unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca arrugada a juego con su piel, castigada con vehemencia por las marcas del acné adolescente. No obstante, aquella mañana cumplía veinticinco años. Concretamente, veinticinco años y siete meses —ya que había sido prematuro— desde que dos idiotas decidieron follar y, por culpa de los mismos, ahora él debía madrugar para ir al trabajo. Salió de su habitación y se paseó descalzo por el suelo de terrazo hasta la cocina, donde se sirvió una larga taza de café sin azúcar. Además de aquella estancia, su piso compartido se componía únicamente de un baño diminuto, su cuarto y el de su compañero. Sin embargo, a este llevaba sin verle desde hacía, al menos, tres meses. Ignoraba si se había enganchado a algún juego *online*, si se había ido de viaje o si estaba muerto, pero como el casero todavía no le había reclamado su parte del alquiler, a Javier le daba completamente igual. La última conversación que había tenido con él había sido sobre la preocupante desaparición de ciempiés de la zona. «Preocupante».

Mientras apuraba la taza, extrajo el teléfono de su bolsillo y comprobó si alguien había decidido mandarle una felicitación por su cumpleaños. Pero nadie, ni tan solo sus padres, le había escrito. Tampoco se sorprendió: no era una persona excesivamente sociable. Su círculo de amigos se había ido reduciendo drásticamente desde que abandonó el colegio hasta llegar a la preocupante cifra de cero. Además, al marcharse de casa, la relación con su familia se había limitado a un par de llamadas al mes, ya que nunca había demasado que contar. Sin embargo, Javier no se consideraba a sí mismo una persona solitaria: simplemente es que estaba solo. Antes de guardar el móvil de nuevo, accedió a la última aplicación que había descargado para buscar pareja y gastó todos sus *likes* en chicas que, seguramente, ni se habían detenido a leer su perfil. Y, como siempre, nadie parecía haberse interesado por él en un sentido erótico-afectivo. Con el último trago de café, se tomó la medicación y carraspeó al notar como las pastillas se deslizaban por su garganta. Antes de salir por la puerta, cogió un chubasquero rojo de deporte y se lo echó bajo el brazo, ya que se anunciaba probabilidad de lluvia.

El camino al trabajo era deprimente y tedioso y deprimente. El cielo encapotado daba a los edificios una tonalidad deprimente y fea y deprimente, y la gente recorría las calles con cara deprimente y triste y deprimente. Exactamente igual que él. Tardó aproximadamente unos quince minutos en cruzar la puerta del Diavolo: pasta e pizza, donde custodiaba una caja registradora ocho horas al día por un sueldo inferior al estipulado por el gobierno como «decente». «Decente», del latín *decentis* en su principio activo *decere*, que significa «convenir». Pero a él no le convenía cobrar poco más de 800 euros al mes por una jornada completa.

—Llegas tarde, Javi.

Era cierto. Llega tarde por, exactamente, diez segundos. Ahora once. Ahora doce. Trece. Catorce.

—Es verdad, perdona —respondió sin inmutarse.

Habría preferido decirle que no le gustaba que acortaran su nombre, pero guardó silencio. Colgó el chubasquero en un perchero deformado y se colocó un delantal negro que olía a tomate frito y orégano.

—¿Qué te pasa? Hoy vienes más serio que de normal —le preguntó su compañero.

—Nada, que es mi cumpleaños y...

—Ah, vale, entiendo —le cortó, sin prestar demasiada atención a lo que estaba diciendo y volviendo a centrar su atención en el horno de leña.

Javier dio un respingo de insatisfacción: quizá porque esperaba una felicitación, quizá porque aquel jueves iba a ser más duro de lo normal. No obstante, apenas se permitió unos instantes de autocompasión antes de dirigirse a la esquina y coger la escoba y el recogedor. Inspiró profundamente y, sin demasiado ritmo, comenzó a arrinconar el polvo y la harina. ¿Cuánto llevaba en aquel curro? ¿Siete meses? ¿Ocho? No cotizados, por supuesto, pero sí los suficientes como para haber conseguido un buen colchón económico. ¿Lo había conseguido? Por supuesto que no. La cuestión es que, si no se dedicaba a malgastar su existencia allí, ¿dónde podría hacerlo? No tenía estudios superiores ni ningún conocido que pudiese enchufarlo en alguna empresa mejor. Y, lo peor: no tenía vocación. Nada le entusiasmaba, nada le hacía despertarse por las mañanas intentando ser una mejor versión de sí mismo pese a la enorme cantidad de libros de autoayuda que descansaban en su mesilla de noche. Todo le era indiferente, casi trivial. Todo le era...